

GRADY HENDRIX

BADASSTRONAUTS

Paletos espaciales



minotauro

GRADY HENDRIX

BADASSTRONAUTS

Paletos espaciales

minotauro

Melville, Carolina del Sur, se había quedado sin dinero, sin puestos de trabajo, sin esperanza y, en aquel mismo instante, también sin astronautas. Para empezar, solo contaba con dos, así que no había mucho donde elegir. Uno de ellos era Walter Reddie, un desecho del Programa Transbordador Espacial que ya ni siquiera meaba con convicción. Era barrigón y rondaba los sesenta, y tenía ojos saltones, cabellos grises cortados al rape y una cara tan fea como el agujero del culo de un asno. Sus nalgas flácidas y su barriga caída parecían sostenerse con tirantes viejos, y cuanto menos se hablara del tiempo que había pasado en el Programa Transbordador Espacial, mejor.

El otro astronauta era un primo segundo de Walter Reddie: Bobby Campbell jr. Iba por los veintinueve años y era ingeniero de vuelo en la Misión 31, destinada a la Estación Espacial Internacional bajo el mando del comandante Paul Fields, y en aquel momento estaba completamente solo, a 397 kilómetros de la superficie de la Tierra, y giraba en torno al planeta a 27 743 kilómetros por hora sin

posibilidades de regresar. Esto había provocado una crisis en la Escuela de Enseñanza Secundaria Ron McNair, de Melville.

—¿Y se han salvado todos menos él? —preguntaba el señor Gaudy, director de la institución, al encargado de Relaciones Públicas de la NASA que lo había llamado por teléfono—. ¿Todos los demás astronautas han salido de esa estación espacial, excepto el que tenía que hablar en el acto de graduación de nuestros estudiantes?

—¿Quiere que le mandemos a otro astronauta? —preguntó el representante de la NASA.

—¿Para cuándo puede ser? —preguntó el señor Gaudy.

—Para finales de esta semana.

—¿Para finales de esta semana? —replicó el señor Gaudy—. Pero es que para entonces ya no dispondré del gimnasio. ¿Usted se cree que en Melville hacemos aparecer gradas de estadio por arte de magia? Me tocaría ir a Gaffney y alquilar una sala de los multicines AMC. ¿Y quién iba a pagarlo?

—Si quiere voy yo y hago un discurso —propuso el representante de la NASA.

—¿Pero usted es astronauta?

—El personal de Relaciones Públicas es un elemento esencial dentro del programa espacial estadounidense.

El señor Gaudy puso fin a la conversación. A nadie le interesaba lo que pudiera contar un cuasias-

tronauta. Y por una vez que había tenido la suerte de apalabrar como orador para el acto de graduación a uno de esos cretinos con aires de mártir que están siempre al quite de una oportunidad para sacrificarse por el «bien común» y dárseles de héroe... El señor Gaudy tendría que hacer una de las llamadas telefónicas más irritantes de toda su vida. Marcó de memoria el número de Walter Reddie.

—Walter, soy Glenn Gaudy, de la Escuela de Enseñanza Secundaria.

—Ya sabía yo que ibas a volver arrastrándote por el suelo —farfulló Walter.

—Te llamo para ver si querías hablar en el acto de graduación de mañana.

—¿Ah, sí?

—Es que son tantos los años en los que tú te has encargado del discurso de graduación que me ha parecido que sería como especial si lo hicieras de nuevo.

—Porque Bobby se ha quedado colgado en el espacio. ¡Jo, jo!

Durante diez años seguidos, Walter Reddie se había presentado siempre borracho como una cuba a pronunciar el discurso de graduación y había repetido siempre lo mismo. «Que nadie se crea que el cielo es el límite cuando hay huellas en la luna, id en pos de vuestros sueños», etcétera, etcétera. Siempre había soltado el discurso con absoluta falta de convicción y aliento sumamente inflamable.

El señor Gaudy había sentido una inmensa alegría al enterarse de que Bobby Campbell jr. podría encargarse del discurso de aquel año y no había aguardado ni un segundo para borrar a Walter Reddie del programa de actos. Pero, en fin, tendría que volver a meterlo. Era como si ambos hubieran quedado atrapados en una especie de horrible matrimonio.

—¿Y qué pasará si no quiero? —preguntó Walter con voz pastosa.

Los padres querían un orador para el acto de graduación, y más que eso, una celebridad. De nada serviría explicarles que la Escuela de Enseñanza Secundaria Ron McNair era demasiado pequeña como para poder permitirse una celebridad digna de tal nombre. A ellos las explicaciones les sonaban a excusas y las excusas los enfurecían. Y si se trataba de esquivar a padres enfurecidos, el señor Gaudy prescindía de todo sentido de la dignidad.

—Te voy a pagar cincuenta dólares —dijo.

—Sesenta.

—De acuerdo, sesenta, pero ni uno más. Tendremos que restarlos del presupuesto del año que viene para libros de texto; espero que eso te haga sentir bien. ¡Sesenta dólares es el tope máximo!

Walter soltó una risilla como si hubiera tenido la garganta llena de mocos y colgó el teléfono. Y así fue como, llegado el momento, el señor Gaudy tomó asiento sobre la tarima portátil en el gimnasio

de la Escuela de Enseñanza Secundaria Ron McNair y contempló a un Walter Reddie indispuerto y sudoroso que no apartaba los ojos del marcador desactivado de la pared opuesta, mientras la orquesta de cuerdas de la Escuela de Enseñanza Secundaria destrozaba sin piedad el Canon de Pachelbel.

El señor Gaudy vio con preocupación que Walter Reddie había llegado sobrio. No lo había visto sobrio en toda su vida. Pero había hecho cuanto había podido con lo que el Señor le había dado y ya no había vuelta atrás.

Los minutos pasaban a velocidad de tortuga. El señor Gaudy se puso en pie y pronunció unas palabras introductorias, canturrearon entre todos un himno metodista («Señor, tú nos has sido refugio / de generación en generación»), presentó a Walter Reddie y luego rezó para que no se produjera una catástrofe. Los aplausos finalizaron y vio con desazón que Walter Reddie avanzaba hacia el atril con paso firme, pero se tranquilizó al percatarse de que el hombre desdoblaba el mismo papel impreso viejo y grasiento de todos los años. El señor Gaudy había visto a Walter Reddie con una taza de café en una mano y un cigarrillo encendido entre los dedos de la otra vomitando aparatosamente en el aparcamiento de la escuela, tan solo para pronunciar el discurso de siempre quince minutos después, sin incidentes dignos de mención.

—Quiero saludar a la promoción del 2023 —empezó a decir Walter—. Me llamo Walter Reddie y he sido astronauta. Los astronautas tenemos que trabajar muy duro, pero, cuando por fin salimos al espacio, nos damos cuenta de que todo el trabajo ha valido la pena. Pensad en este pálido puntito azul en el que todos nosotros vivimos. ¿Acaso alguno de vosotros contaba con llegar a verlo como lo ve un astronauta y contemplar esta mota de polvo como un gran escenario cósmico...?

Entonces Walter Reddie se calló. Plegó cuidadosamente la hoja de papel y se la metió en un bolsillo de la chaqueta. Apoyó una mano a cada lado del atril y bajó la cabeza, como si estuviera muy concentrado en sus pensamientos. Al señor Gaudy no le gustaba que la gente se pusiera a pensar. Era algo que siempre terminaba mal. Entonces Walter Reddie levantó la cabeza y miró a los cuarenta y dos jóvenes que se abanicaban en aquel gimnasio lleno de humedad.

—Lo que os espera es una puta mierda —dijo entonces. Los padres se estremecieron de horror, los jóvenes aguzaron el oído—. No encontraréis un trabajo decente en vuestra puta vida. Los están acaparando unos tíos que están dispuestos a cobrar aún menos que vosotros. Sois unos blandos. Sois unos flojos. La mayoría sois casi subnormales y apostaría a que, por mucho que os esforzais, no recordaríais nada útil que hayáis podido aprender

durante estos últimos doce años en que no habéis hecho otra cosa que copiar en los exámenes, plagiar los trabajos, jugar con videojuegos y esnifar pegamento.

El señor Gaudy fue presa del horror. Era como si todas sus pesadillas se hicieran realidad a la vez. Podría haber manejado unas divagaciones de borracho, pero ¿un ataque al sistema educativo de los Estados Unidos? ¡Y encima con palabras soeces! Y además había dicho *subnormales*. Aquellos críos eran violentos. Si se les atacaba demasiado, respondían a golpe de móvil. Aquel año ya se habían dado de baja dos profesores por lo que habían hecho con ellos en Instagram.

—Ahora mismo mi primo está en el espacio, en la Estación Espacial Internacional —añadió Walter Reddie—. Se quedó para poder desacoplar manualmente los vehículos de reentrada Soyuz, para que sus seis compañeros de tripulación pudieran regresar sanos y salvos con sus familias. Le importaba una puta mierda que probablemente dos de ellos fueran espías rusos adeptos a Putin y otro un ateo comunista de la China roja, porque cuando las cosas se ponen difíciles, los colores desaparecen.

»Ahora la NASA ya no tiene lanzaderas espaciales operativas y los comunistas estrellaron sus dos últimos cohetes Soyuz y por eso todos dicen que Bobby júnior se va a pasar un tiempo en el es-

pacio. Dicen que no se va a morir porque Richard Branson construirá un avión espacial e irá a buscarlo, pero os voy a decir una cosa: Richard Branson es un mariconazo. Es el último de una dinastía de mariconazos nacidos y criados en un país gobernado por mariconazos que ni siquiera habrían podido derrotar a una cuadrilla de nazis tramposos de mierda sin nuestra ayuda. Y os voy a contar otra cosa que ocurrirá. Bobby júnior va a morir allá arriba porque Estados Unidos se ha transformado en una nación poblada por gentes como vosotros: cobardes y putos subnormales que prefieren enviar un correo electrónico antes que salir al espacio.

La promoción de 2023 no había escuchado nunca un discurso tan largo. En circunstancias normales, habría empezado un motín, pero la calculada sucesión de insultos que les soltaba Reddie había logrado captar su interés. Habían sacado los teléfonos y grababan cada una de sus palabras. Así se sentían más protegidos.

—Cuando Bobby muera, esa momia desangrada de la Casa Blanca pronunciará unos discursos muy bonitos y dirá que fue un héroe, y hará que le construyan un monumento, y la madre de Bobby recibirá un cheque por correo y la invitarán a la Rosaleda de la Casa Blanca para que le dé la mano al mamón sonrisitas ese. Pero os voy a decir una cosa: esa mujer preferiría que su hijo regresara con vida.

»Así que voy a hacer lo que no sabrían hacer ni los chupapollas de la mafia empresarial instalada en la Casa Blanca ni los comunistas del Kremlin. Voy a hacer algo que los *nerds* de la NASA tampoco serán capaces de hacer. Voy a construir un cohete y voy a ir en busca de mi primo para que pueda volver con su madre. Y si hoy he venido aquí es porque necesito mano de obra. Así que decidme, vosotros, los futuros gilipollas que en el día de mañana os pondréis en la cola del paro, los que contribuiréis a llenar las celdas de las prisiones de Estados Unidos, ¿queréis colaborar conmigo y dar algún sentido a vuestras vidas de mierda o vais a quedaros ahí como putos mariconazos a lo Richard Branson?

Se hizo el silencio. Entonces Jimmy Ferguson se echó a reír, con una risa áspera, que recordaba a un rebuzno, y que resonó por todo el gimnasio. Otros estudiantes se sumaron y al cabo de poco la promoción entera estaba rajando de Reddie. Él les hizo una peineta y una silla salió volando. Reddie encogió el cuerpo, pero como no la habían arrojado con suficiente fuerza, se estrelló contra el atril, fue a parar al suelo y aterrizó sobre el pie del señor Gaudy. Greene, el profesor de gimnasia, se puso en pie y empezó a darle al silbato. Alguien derribó la bandera de los Estados Unidos. Se hizo el caos.

La transformación experimentada por Walter Reddie se había producido en plena noche. En el mismo momento en que Glenn Gaudy lo había llamado, estaba vaciando una botella de vodka. Desde que se había jubilado, dos actividades llenaban su tiempo. Una de ellas era el cobro del cheque de la seguridad social, y la otra esconderse del gran reloj. Cuando la casa estaba en silencio, lo oía. El tictac con el que iban escapando los minutos de su vida. Fumaba como un carretero, bebía como una esponja y... ¿le quedarían unos catorce años más? ¿Cuántas horas de televisión le quedaban por ver antes de morir? ¿Cuántos periódicos le quedaban por leer? ¿Cuántas conversaciones de mierda con el cajero del banco?

—¡Podéis iros todos a tomar por culo! —había bramado, mientras abría la octava minibotella de vodka Popov—. Vamos a ver cómo procesas esto, puto hígado de mierda.

Había despertado alrededor de las tres de la madrugada y había ido a trompicones hasta el jardín de la entrada de su casa para contemplar las estrellas. Por lo general lo hacían sentir pequeño, pero aquella noche no tuvieron más efecto que joderle. Era un astronauta fracasado. Se había pasado la primera mitad de su vida entrenándose para algo que no le habían permitido hacer y estaba pasando la segunda a la espera de la muerte. Ya sabía lo que era follar, se había drogado cuando estaba en

la Fuerza Aérea, tenía exmujer y un hijo que no le dirigía la palabra, el golf era para soplapollas, había reparado un montón de coches, ¿a qué coño podía dedicarse ya?

—¡Que te jodan, espacio exterior! —gritó. Su voz había sonado pequeña.

Aquel mismo día había llamado a Gail, la madre de Bobby jr., y había tratado de convencerla de que la NASA no tardaría en rescatar a Bobby jr., pero en realidad no se creía que esos cobardes fueran a hacer una puta mierda y estaba tan borracho que había pasado la mayor parte de la llamada diciendo palabrotas sin ton ni son. Para cuando iba a colgar el teléfono, Gail sollozaba, y su nuevo marido (¿Kenny? ¿Mark?) le gritaba desde el otro lado. Pero Walter, en el jardín de la entrada de su casa, experimentó lo que se conoce como un instante de lucidez.

—Que le den por culo a la NASA —dijo en voz alta—. Si hay que hacer algo, lo único que se puede hacer es hacerlo uno mismo, joder.

Luego se desmayó y se cagó en los pantalones.

Por lo general se despertaba a la mañana siguiente sin recordar sus juramentos de borracho, pero aquel sí lo recordó, probablemente porque aquellos eran los únicos pantalones vaqueros sin desgarrones que aún le quedaban. Martilleó aquel juramento contra el yunque de su cerebro mientras se afeitaba, mientras se ponía el único traje que aún

le quedaba bien por la cintura, y para cuando se encaminó a la escuela en su camioneta, ya era pura rabia incandescente. ¡Si hasta se había olvidado de las cervezas del desayuno!

Así, cinco días después del desastre del acto de graduación, se plantó frente a su familia en el granero. A Walter no le gustaba que otras personas fueran a su granja, porque daba vergüenza de puro cochambrosa, pero nadie más se había ofrecido a echarle una mano, así que se había valido de los sentimientos de culpa de las únicas personas que de verdad conocían a Bobby jr., y en aquel momento estaban allí y le miraban como un rebaño de vacas masticando Cheetos. Les había dicho que sería una reunión familiar que duraría un fin de semana entero. Algunos de ellos habían emprendido viajes de hasta tres horas con tal de ir a verlo.

—Me importa una puta mierda que todos vosotros hayáis venido —empezó a decirles, para infundirles inspiración—. Voy a traer de vuelta a Bobby júnior. Si queréis ayudarme, por mí, bien, pero ahora no esperéis que os vaya a ir diciendo «por favor» ni «gracias». Tenemos un trabajo por hacer y lo haremos. Así es como se hacen las cosas en los Estados Unidos. Bueno, vamos a ver, ¿cuántos de vosotros sois buenos en matemáticas?

Los demás le miraron con caras de luna en las que se pintaba la estupidez.

—¿Alguno de vosotros ha estudiado ingeniería?

Uno de los primos por el lado paterno levantó la mano.

—Un amigo del trabajo sabe de ingeniería —dijo Carl Suggs.

—¿Dónde trabajas?

—En un Walmart.

—¿Y podrías hacerle venir hasta aquí?

—Lo echaron porque le encontraron drogas en un análisis de orina. Creo que se marchó a Florida.

—Pues entonces cierra esa boca, Carl. ¿Alguien más?

Solo respondieron los grillos.

—Vamos a ver —dijo entonces Walter, para probar con otra táctica—. ¿Cuántos de vosotros habéis ido a la universidad?

—¿Los diplomas de dos años cuentan? —preguntó el primo Jay.

—Los dan en la universidad, ¿no? —replicó Walter.

Tres de las veintidós personas levantaron la mano.

—¿Enseñanza Secundaria?

Se levantaron doce manos más, entre las que se hallaba la de Norbert Sykes.

—Tú baja la mano, Norbert —exclamó Big Patty—. A ti te dieron el título porque amenazaste con demandar al distrito escolar por discriminación.

—Nnno —replicó Norbert—. Me saqué el diploma con toda justicia. No importa si me lo otorgó la escuela o un juez.

Walter agarró su silla metálica plegable y la arrojó contra la pared prefabricada también de metal del granero. Todos saltaron de terror, pero al menos volvieron a prestarle atención.

—Sé muy bien lo que os estáis preguntando.

—¿Dónde está la cerveza? —preguntó Norbert, y todos se rieron.

—Os estáis preguntando cómo lo haremos para traer a Bobby júnior de regreso a casa, con Gail y todos los demás, cuando lo único que tenemos a mano es a Walter y su granja hecha caldo. Pues bien, si queremos rescatar a Bobby júnior, tendremos que salir al espacio exterior, pero eso no es tan difícil como parece.

—Y tampoco fácil —replicó el tío AJ.

—Un cohete no es más que una cadena de explosiones con un agujero en una punta y un hombre en la otra —insistió Walter.

—¿Nos estás hablando de un cohete o de tu cara? —se burló Norbert, provocando más risas mezquinas.

—Frena un poco, Robert —dijo el tío AJ—. Yo no soy gilipollas, Walter. Tú te debes de creer que eres superior porque te metiste un par de veces en una nave espacial que no fue a ninguna parte, pero a la mierda con eso. Yo he estado en montañas

rusas que me han llevado más cerca del espacio exterior de lo que tú hayas estado jamás. Y yo sé y todos los que estamos en esta sala sabemos que no hay manera de que construyamos una nave espacial. La NASA ha construido un montón de naves y cada vez necesitan miles de millones de dólares, y todo tipo de llaves inglesas especiales, y brazos robóticos, y computadoras. ¿Tú ves a la gente que está en esta sala? Todos estamos aquí porque sentimos pena por Gail, pero así que termines de ladrarnos cada uno se irá a su casa y olvidaremos todo lo que nos has dicho. No es que me guste decírtelo así, pero es que esa es la pura verdad.

—¿Ya has acabado, tío AJ? —preguntó Walter.

—Me imagino que sí.

—Pues ahora escúchame —replicó Walter—. No se trata de construir un cohete para ir a la luna, puto idiota. Solo tenemos que llegar a una órbita baja y eso solo está a unos cien kilómetros tirando hacia arriba. No digo que vaya a ser fácil, pero en realidad tampoco hay para tanto. Quitaos de la cabeza toda la mierda esa del Discovery Channel. Eso es pura propaganda gubernamental.

»Veréis, yo odio a los comunistas como el que más, pero el caso es que sabían construir cohetes. ¿Habéis oído esa palabra? Cohetes. No transbordadores espaciales. Ni los aviones espaciales de Branson. Lo peor que ha hecho la NASA en toda su historia es construir el transbordador espacial.

Cuando el cohete escapa de la fuerza de la gravedad terrestre, se ponen en marcha fuerzas tan demoníacas que los motores se le retuercen como *pretzels* y el acero se tensiona hasta volverse frágil como el vidrio. Por eso el Programa Apolo lanzaba cohetes de cien toneladas y tan solo recuperaba cápsulas espaciales de siete. Cuando las máquinas esas llegaban a su órbita, noventa y tres toneladas de las cien ya solo servían para lo mismo que la polla del bisabuelo Avery.

—Te recuerdo que hay mujeres presentes —le reconvinó el tío AJ.

—Mientras el Gobierno estadounidense se tiraba el pedo ese del transbordador espacial, los comunistas estaban lanzando diez veces más cohetes al espacio que nosotros. La NASA se pasaba todo el tiempo tratando de optimizar el peso de la carga útil para obtener la máxima eficiencia. Los comunistas, en cambio, iban a por todas: putas explosiones que hacían que sus mierdas llegaran al firmamento. No era bonito, pero funcionaba.

»La NASA construyó un transbordador espacial en el que había que volar y aterrizar como en un puto avión. Los comunistas, en cambio, dejaban que sus mierdas volvieran a caer hacia la Tierra. La balística es la ciencia de la mierda que cae y sabemos mucho más de eso que de volar. Ha caído mierda durante millones de años y en cambio volamos desde hace tan solo unos cien. Hasta el

estudiante de matemáticas más inepto y más capullo de la Escuela de Enseñanza Secundaria más mierdosa y peor financiada sabe calcular dónde caerá algo. Pero... ¿volar? Para volar se necesita un puto título.

»Los comunistas no valoran la vida humana tanto como nosotros. La NASA genera réplicas de seguridad de sus sistemas, y más réplicas de seguridad, y además réplicas de seguridad de las réplicas de seguridad. Prepara planes B para todas las posibles contingencias. Pero ¿los comunistas? Envían a unos cuantos mamones al espacio y si sobreviven, pues vale, y si no, pues mala suerte. Esos cabrones fueron los primeros que se pusieron en órbita. ¿Sabéis qué es lo que usan como módulos de emergencia en la Estación Espacial Internacional? Las Soyuz. No el puto transbordador espacial. Porque los sistemas que construye nuestro país, ¡Dios bendiga a los Estados Unidos!, son frágiles y neuróticos en comparación con las máquinas de muerte comunistas de hierro colado que salen de la Unión Soviética. Así que vamos a subir al espacio al estilo comunista, no al de Cabo Cañaveral.

—No pienso tolerar ese discurso antipatriótico —protestó el tío AJ.

—¿Sabes lo que es antipatriótico? —masculló Walter—. En Copenhague hay unos homosexuales entregados a la UE y a la medicina pública embutidos en pantalones de cuero que se están dedicando

a construir un cohete tripulado en el tiempo que les sobra. Si ahora vas a decirme que esos maricones barbudos son capaces de hacer algo que nosotros, estadounidenses como Dios manda, no podemos, te diré que es que tú sí eres un traidor al país y que deberías estar en una celda en la bahía de Guantánamo.

»¿Alguno de vosotros va a tener los huevos de decirme que no podremos hacerlo? ¿Hay alguno de vosotros que vaya a levantarse y decir: “Sí, soy un agente enemigo, un adversario de Cristo, y pienso que deberíamos mearnos sobre las cenizas de los que murieron en las Torres Gemelas el 11 de septiembre?”. Porque si alguno de vosotros me dice eso, lo voy a matar, por ser un desperdicio de semen en grado de terrorismo.

Nadie tuvo los huevos.

—Así que vamos a construir dos máquinas distintas —explicó Walter—. Esta va por ti, tío AJ, que no distingues entre un cohete y una nave espacial. Vamos a construir un módulo de lanzamiento de puta madre que alcanzará la velocidad de escape y nos pondrá en órbita. Eso es el cohete. Luego construiremos una nave espacial pequeña que irá sujeta en su morro. Cuando el módulo de lanzamiento haya consumido todo su combustible, se separará de la nave y caerá de nuevo en la tierra, y se quemará al entrar en la atmósfera, mientras que la nave interceptará la trayectoria orbital de la

Estación Espacial Internacional y entonces las dos se arrullarán como tortolitos. Llegado ese momento iremos a por Bobby júnior, lo subiremos a bordo y dejaremos que nuestra órbita decaiga hasta que volvamos a estar en tierra y lo devolvamos a los tiernos cuidados de Gail. ¿Hay alguna pregunta?

Se hizo el silencio. Cada uno de los que estaban allí miraba a los que tenía al lado para ver si habían comprendido algo.

—¿Habéis entendido una sola palabra de lo que os he dicho después de preguntaros por vuestros diplomas de la Secundaria?

Se oyó un débil coro de noes. Por primera vez desde que se le había ocurrido la idea, Walter Reddie se desesperó. Estaba a punto de arrojar otra silla contra la pared cuando se oyó una vocecilla en la puerta.

—Perdonad, ¿es aquí donde se construye una nave espacial?

Se oyó por todo el granero el roce de veintiún culos envueltos en tela vaquera y uno en poliéster que giraron sobre sus respectivas sillas, porque todo el mundo se había vuelto para mirar a Tiara Flynn, que se había detenido en la puerta. Tenía diecisiete años y parecía recién salida de un concurso de belleza para niños en pañales. Al ver su estatura, que no alcanzaba el metro y medio, su maquillaje y uñas estilo Whitney Houston, sus grandes rizos bañados en laca, la sudadera color rosa

joya y unos *shorts* que parecían cortados para un chihuahua, todo el mundo vio muy claro que no tenía más sentido del gusto que el que se hallaba en su paladar.

—El club de *striptease* está un poco más abajo, cariño —le gruñó Walter.

Al instante los ojos de Tiara se tiñeron de rojo brillante y se llenaron de humedad.

—No se le habla así a una chica —le riñó Big Patty, mientras trataba de levantarse de la silla—. Con nosotros puedes ponerte capullo porque somos tu familia. Pero esa chica no lo es y nos haces quedar a todos como unos garrulos si le hablas así.

—Yo solo quería ayudar —explicó Tiara—. Me contaron lo del acto de graduación y se me ocurrió venir a ver de qué iba esto.

—Pues ya lo has visto —le replicó Walter Reddie—. Ahora ya puedes irte.

—Vete a tomar por culo —le respondió Tiara, que se echó a correr hacia la puerta, mientras las lágrimas trazaban surcos de rímel en sus mejillas.

—Oye, Walt, te has portado como un imbécil —le dijo Carl Suggs—. Yo salí con esa chica. Es maja.

—No sé por qué la defiendes —le replicó el tío AJ a Carl—. Solo quería que le pagaras la titulación de mecánico de mantenimiento de aeronaves, y en cuanto se la hubo sacado te mandó a la mierda. Aquello fue penoso.